



## MEDITERRÁNEO E HISTORIA ECONÓMICA

*Antonio Parejo*  
Universidad de Málaga



*Atlas Catalán* (Abraham y Jafuda de Cresques, hacia 1375)

Fuente: <http://cresquesproject.net/home>

«Los participantes reconocen que las tradiciones de cultura y de civilización de todo el Mediterráneo, el diálogo entre estas culturas y los intercambios humanos, científicos y tecnológicos son un factor esencial para el acercamiento y la comprensión entre sus pueblos y para la mejora de su percepción recíproca».

*Declaración de Barcelona* (1995)

A simple vista, y salvo por el referente territorial, la imagen y el texto que encabezan estas líneas no parecen ofrecer demasiadas cosas en común. Un Mar central que une culturas y pueblos diversos es el indudable protagonista del mapa del último cuarto del siglo XIV, mientras el anhelo por recuperar vínculos perdidos se muestra como el objetivo fundamental de la declaración de finales del siglo XX. Sin embargo, una primera reflexión conjunta basta para encontrar, pese a los más de seis siglos transcurridos entre ambos, un

hilo invisible, ajeno al tiempo, transitando entre el mapa y las palabras. Aquél formaba parte de un *Atlas* considerado por los especialistas como el último de los medievales pero también el primero de los modernos, obra de una familia judía de cartógrafos mallorquines –los Cresques–, quienes lo debieron concluir en torno a 1375. Éstas, redactadas hace algo más de tres lustros, servían de preámbulo a la llamada «declaración de Barcelona», suscrita entre el grueso de los territorios reflejados en la representación cartográfica, ahora

estados de trayectoria diversa y situación –política, económica o social– dispar. Una situación que, en lo que interesa en estas páginas, cabe concretar en distintas estructuras productivas y diversa participación de los factores de producción, lo que a su vez implica niveles de productividad o de renta que, amén de las causas que se citarán más adelante, desde el último tercio del siglo XX se comportan sobre todo en función de si el país considerado pertenece o no a la Unión Europea. Característica que, en definitiva, permite retornar a la visión *braudeliana* (geográfica) del Mediterráneo: la localización, según la orilla del Mar al que cada territorio se asome, como factor clave de su desempeño económico a lo largo de la Historia.

Pero Geografía no implica estancamiento. Más bien todo lo contrario. Así lo entendió Braudel y así lo asume también la más reciente historiografía sobre el mundo mediterráneo<sup>1</sup>, en la que éste continúa entendiéndose y explicándose como un territorio en crisis y conflicto permanente –larvado o abierto según la coyuntura– pero además periódicamente sacudido por acontecimientos de naturaleza tan compleja como de resultados impredecibles. Momentos en los que la Historia corre tan rápido que a la Historiografía le resulta imposible adecuarse a su paso.

Tal es la situación actual. Y para comprobarlo basta con recordar lo sucedido desde que a comienzos de 2005 el director del *Mediterráneo Económico* nos encargara la coordinación de un volumen (que sería el 7 de la Colección) dedicado a la Historia Económica, y mediados de 2011, cuando estamos redactando estas líneas de revisión y actualización del citado número.

En aquel momento, nos encontrábamos en el cenit de una de las coyunturas económicas más largas y expansivas de la historia contemporánea europea y especialmente de la española. Ahora, como todos conocemos y muchos padecen, en medio de la crisis económica más grave desde la Gran Depresión de los años treinta del pasado siglo. Entonces, pese a los avances económicos, la modernización –económica, pero también social y política– de los países de la orilla europea del Mediterráneo, contrastaba vivamente con la de las orillas africana y asiática del Mar común. Hoy, estas dos últimas riberas se encuentran sacudidas por una revolución social –la llamada «primavera árabe»– de consecuencias aún impredecibles, pero en cualquier caso radicalmente democráticas<sup>2</sup>; mientras que la europea se debate –Grecia y Portugal sobre todo, pero a su manera también España e Italia– en el interior de una crisis de contornos tan complejos como de salida incógnita. Países de la orilla norte que forman parte de una Unión Europea de 27 miembros (28, cuando en 2013 se incorpore precisamente otro país mediterráneo, Croacia), pero que debido a la profunda crisis financiera internacional y a sus propios problemas internos, atraviesa en estos momentos la que, desde su creación, podemos considerar como una de las etapas más críticas, que, en lo que afecta a la dimensión institucional tratada en este texto, incluye como una de las consecuencias más visibles las vicisitudes sufridas por el proyecto euromediterráneo impulsado con la declaración de Barcelona de 1995, cuyo preámbulo se citó en el inicio del trabajo<sup>3</sup>. En este caso concreto, cierta-

<sup>1</sup> Pese a que propongan visiones distintas a la de Braudel y/o pueden ser caracterizadas como obras de alta divulgación científica. Algunas de las más recientes aportaciones globales en Abulafia, ed. (2003) y Abulafia (2011), Carpenter y Lebrun, eds. (2008) y Norwich (2008).

<sup>2</sup> El escritor marroquí Tahar Ben Jelloun acaba de realizar una de las aproximaciones más lúcidas al movimiento social que ha sacudido el mundo árabe, desde el África Noroccidental a Oriente Próximo. Ben Jelloun (2011).

<sup>3</sup> La génesis y la historia de este proyecto, una iniciativa inicialmente española, asumida –y corregida– por Francia desde 2007, puede seguirse en los anuarios del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMED), especialmente los de 2009 y 2010. Véase también Khader (2009).

mente como damnificado por la crítica coyuntura económica abierta en 2007/2008, pero también, si lo planteamos en perspectiva histórica comparada, debido a la escasa vocación mediterránea de los países fundadores de la Unión (pese a que entre los seis de 1958 se encontraban Francia e Italia) y al creciente peso de Alemania en el seno de la Institución. Factores que, en definitiva, permiten explicar la titubeante actitud de Bruselas cuando se trata de abordar problemas mediterráneos, ya sean las relaciones con el Magreb o el Máchreq<sup>4</sup>, ya la solución de la crisis griega o la portuguesa, y por supuesto también la propia situación de la Unión por el Mediterráneo, sin duda el planteamiento de más hondo calado de todos los protagonizados en la corta historia de la Unión Europea por estrechar lazos de vinculación institucional y económica entre las distintas orillas del Mar. Por lo demás, se trata de comportamientos trasladados a los propios modelos de investigación, que, en lo que respecta a la Historia Económica, han terminado traducándose en la escasa atención que el estudio del Mediterráneo ha despertado entre los especialistas, incluso entre aquéllos que *a priori* deberíamos –simplemente por razones de vecindad– haber mostrado mayor interés investigador. En España, baste con señalar que, en los años transcurridos desde que apareció el número 7 del *Mediterráneo Económico* hasta el verano de 2011, las monografías editadas donde se plantean este tipo de análisis comparativos han sido escasas<sup>5</sup>, una característica que cabe extender al medio centenar de artículos publicados en las cuatro revistas de referencia de la disciplina<sup>6</sup>. De tal manera, el

grueso de las aportaciones comparativas que podríamos considerar relevantes se han limitado al seno de la propia Unión Europea<sup>7</sup> y dentro de ella a los trabajos donde las comparaciones se refieren a Francia o Italia<sup>8</sup>, pero también, y sobre todo, a América Latina, destinataria de la mayor parte de los esfuerzos investigadores de los historiadores económicos españoles interesados en cuestiones internacionales en perspectiva comparada<sup>9</sup>.

Y tal estado de la cuestión no es muy distinto en el resto de las historiografías mediterráneas, quizá con la excepción de la francesa, la más sensible a la realización de análisis comparativos, especialmente con sus antiguas colonias magrebíes<sup>10</sup>. Pero, como sucede en España, las otras mediterráneas europeas continúan más interesadas por investigar sus relaciones económicas con el continente del que forman parte –especialmente con toda o parte de la Unión Europea–, o bien –el caso del otro gran imperio colonial del sur, Portugal– con Latinoamérica. Todo ello antes que interesarse historiográficamente por una geografía mucho más cercana en el espacio, apenas separada por los

---

artículos publicados desde 2005 se presentan análisis comparativos que incluyan más de un país o más de una región localizados en distintas orillas mediterráneas. Se trata de una situación compartida por los dos congresos más recientes de la Asociación Española de Historia Económica –Murcia, 2008; Carmona, 2011–, en los que no ha llegado a programarse ninguna sesión sobre el tema que aquí nos ocupa.

<sup>7</sup> Segreto, Manera y Pohl, eds. (2009); Prados de la Escosura (2010) y Martínez Carrión (2010).

<sup>8</sup> La más reciente de publicaciones comparativas entre España y Francia en Chastagnaret, Daumas, Escudero y Raveaux, eds. (2010). Con Italia, pueden consultarse las actas de los congresos celebrados por el *Comitato Italia-Spagna per la Storia Economica*, coordinado por Luigi Fontana, Antonio de Vittorio y Carlos Barciela.

<sup>9</sup> Remitimos a los interesados tanto a las revistas citadas en la nota 5 como a las actas de los últimos Congresos de la Asociación Española de Historia Económica ([www.aehe.net](http://www.aehe.net)), especialmente los de Murcia (2008) y Carmona (2011).

<sup>10</sup> Cabe destacar, en este sentido, la labor llevada a cabo por Gerard Chastagnaret, quien en 1984 fundó el laboratorio *Telemme*, un centro de investigación dependiente de la MMSH (*Maison des Sciences Humaines*), como es sabido la única institución francesa especializada en el estudio de la Europa mediterránea. Su última aportación en esta línea de investigación, Chastagnaret, dir. (2009).

<sup>4</sup> Geográficamente, el primero engloba los países occidentales del norte de África (desde Mauritania a Libia), mientras el segundo agrupa los de la parte oriental a partir de Egipto.

<sup>5</sup> Limitadas a trabajos de investigación puntuales, entre los que cabe destacar los publicados por Pinilla y Ayuda (2006), Aznar Sánchez (2006) y Manera y Garau (2011).

<sup>6</sup> Por orden de antigüedad, *Revista de Historia Económica* (1983), *Historia Agraria* (1991), *Revista de Historia Industrial* (1992) e *Investigaciones de Historia Económica* (2005). En ninguno de los

cientos de kilómetros de un mar interior –aunque no cerrado–, pero alejada en materia cultural, y sobre la que el interés académico –al menos el que ha mostrado nuestra especialidad– ha resultado hasta ahora muy limitado<sup>11</sup>.

Sin embargo, y en definitiva, nada nuevo en términos historiográficos, ya que la situación es similar a la que existía cuando abordamos el proyecto de coordinación del volumen de referencia. En aquel momento basamos nuestra selección de textos, amparada en una doble perspectiva, territorial y sectorial, en primar los análisis comparativos en la dimensión más amplia posible (esto es, incluyendo todos o la gran mayoría de los países bañados por el Mediterráneo). Pretendimos que el *Mare Nostrum* –su historia económica a largo plazo– fuese el centro de nuestras preocupaciones intelectuales, lo que justificaba que un trabajo casi desconocido del primer gran historiador del espacio geográfico común a estudiar, el francés Fernand Braudel, abriese el volumen. El problema fue que pronto nos dimos cuenta de que estábamos ante una tarea muy complicada, en la que conformar una línea argumental unitaria se demostraba como un empeño inútil. Al margen de las cuestiones relativas a las distintas trayectorias demográficas –cuyo tratamiento no incluimos en nuestro monográfico<sup>12</sup>–, lo cierto es que el divorcio entre las historiografías económicas de los países del Magreb y la orilla oriental mediterránea y la de la ribera europea ha alcanzado tales dimensiones que, a la postre, nos resultó imposible ir más allá de la comparación a largo plazo sobre los niveles de renta planteada por Albert Carreras, la que

Carles Manera y Jaime Garau nos ofrecieron sobre la especialidad turística de los estados ribereños (quince europeos, cuatro africanos y cuatro asiáticos) y la de Ramón Ramón, quien hacía lo propio con la industria oleícola entre mediados del siglo XIX y el arranque de la Segunda Guerra Mundial, comparando la trayectoria de nueve países europeos, cuatro norteafricanos y otros cuatro asiáticos, productores todos ellos de aceite de oliva.

Fueron las únicas incursiones en el conocimiento de la trayectoria económica contemporánea comparada de los países europeos, africanos y asiáticos bañados por el Mar. Del resto de las colaboraciones, sólo dos ofrecían análisis comparativos a largo y medio plazo entre países localizados en las orillas norte y sur. Era el caso del redactado por Andrés Sánchez Picón, donde se cotejaba la experiencia española con la de sus ignorados vecinos magrebíes y el de María Teresa Pérez Picazo, quien centraba su atención en la historia comparada de los sistemas hidráulicos españoles y norteafricanos desde mediados del siglo XIX a nuestros días. Los diez trabajos restantes limitaban su comparación a los países de la ribera europea: incluyendo todo el mediterráneo (Battilani, Chastagnaret, Maluquer, Pan Montojo y Zambrana), focalizando su interés en el análisis de los grandes territorios insulares (el segundo de los artículos publicados en aquel número por Manera y Garau), estableciendo el cotejo entre España e Italia (Calosci, Martínez Carrión y Miranda), o exclusivamente entre regiones mediterráneas españolas (Escudero y Parejo)<sup>13</sup>.

A las colaboraciones anteriores habría que añadir la ya apuntada recuperación del texto del maestro Braudel y una sugerente visión medioambiental escrita por Juan García Latorre, quien proponía para su trabajo último un título pro-

<sup>11</sup> El caso italiano resulta paradójico. A lo largo de los últimos años la *Rivista de Storia Economica* no ha publicado ningún trabajo científico sobre el Mediterráneo contemporáneo pero sí varios artículos y hasta un monográfico (1, 2009) dedicado al papel desempeñado por la plata en la historia monetaria del Mediterráneo en la Antigüedad.

<sup>12</sup> No llegamos a hacerlo porque, al menos en lo referente a los movimientos migratorios, habían sido tratadas en el primer monográfico de la Colección, coordinado por Manuel Pimentel (2002).

<sup>13</sup> Para aquellos lectores que no dispongan del ejemplar, pueden consultarlo en [www.mediterraneoeconomico.com](http://www.mediterraneoeconomico.com)

vocador que nos puede servir como primer hilo conductor de la puesta al día que aquí ofrecemos. Apuntaba Latorre que Arquímedes no era –nunca podía haber sido– inglés. Añadimos nosotros ahora que tampoco lo fueron Hypatia de Alejandría, al-Jwarizmi, Avicena, Luca Paccioli, Leonardo, Galileo e incluso Copérnico, que aunque polaco se formó intelectualmente en Padua, Bolonia y Roma<sup>14</sup>. Todos ellos resultan inconcebibles sin el Mediterráneo. Porque el Mar que alumbró el primer alfabeto, el nacimiento de la moneda, la democracia ateniense, la expansión de al Andalus o el humanismo renacentista –y con él, el triunfo de la razón sobre el mito–; el mar de Ulises y el de Braudel, en definitiva, fue durante siglos el centro del mundo occidental, el gran eje que permitió, beneficiándose de las ventajas de tal intercambio, poner en relación –a través de Bizancio, Constantinopla o Estambul, la ciudad de los tres nombres– Asia con Europa, el Lejano Oriente con el Occidente abierto al Atlántico.

Pero, no lo olvidemos, tal situación, a la vez bisagra entre culturas occidentales y orientales y centro del mundo occidental más avanzado (recuérdese que se trata del único espacio geográfico de sus dimensiones localizado entre tres continentes)<sup>15</sup> se asentó tanto en el conflicto como en el pacto y el establecimiento de relaciones comerciales entre sociedades teóricamente hostiles entre sí. En cuanto a aquél, griegos contra persas; romanos frente a cartagineses; musulmanes encontrados con cristianos y por último otomanos enfrentados a naciones católicas (especialmente a la España de Felipe II), marcaron la trayectoria convulsa de un territorio conformado por pueblos de etnias y tradiciones religiosas muy distintas, quienes, para su propia supervivencia, necesitaban el control del

Mar común<sup>16</sup>. Obviamente, lo anterior no excluye que, junto a los tiempos de guerra, los de paz permitieran la intensificación de los contactos culturales y comerciales. Estos últimos fueron posibles por la propia geografía y la complementariedad de los recursos –físicos y humanos– propios de cada orilla. Aunque la importancia de tales intercambios ha quedado historiográficamente sepultada por la magnitud de los enfrentamientos armados que nos ha relatado con minuciosidad la historia política y militar, lo cierto es que los historiadores económicos han insistido recientemente en la envergadura alcanzada por el comercio marítimo entre regiones cristianas y musulmanas, situadas a lo largo de una y otra ribera<sup>17</sup>, una actividad animada con el impulso demográfico y económico del siglo XVIII. Obviamente, tras este intenso tráfico de mercancías entre norte y sur debemos tener en cuenta el carácter esencialmente urbano que, al menos desde los inicios de nuestra era y hasta la Primera Revolución Tecnológica, caracterizó al mundo mediterráneo, y la importancia de las ciudades portuarias –incluidas las insulares– auténticos centros de polarización de actividades económicas (a la manera descrita por Douglass North<sup>18</sup>), características que, pese a las indudables diferencias que en otros aspectos las separaban, eran compartidas por ciudades tan distantes y distintas como Barcelona, Marsella, Génova, Alepo, Tiro, Argel, Atenas o Cartago.

Pero, en esencia, el Mediterráneo ha sido, milenariamente, una región marcada por la pugna y la imposición –a menudo por la fuerza– de un determinado modelo cultural –el egipcio, griego, el romano, el persa, el califal, el cristiano o el otomano– sobre los restantes. Un modelo de dominio que, tal como Braudel dejó bien claro en su obra

<sup>14</sup> La única gran excepción –la confirmación de toda regla– fue el astrónomo alemán Johannes Kepler (1571-1630).

<sup>15</sup> Recuérdese el mapa de los Cresques que encabezaba este texto: en última instancia reflejaba el hemisferio norte conocido en 1375, situado entre los paralelos 10 y 60.

<sup>16</sup> Norwich (2008).

<sup>17</sup> Para España, concretamente, los trabajos de Eloy Martín Corrales referidos a Cataluña han demostrado la existencia de una intensa actividad mercantil entre Barcelona y el norte de África. Martín Corrales (2001).

<sup>18</sup> North (1993).



canónica<sup>19</sup>, a la postre significaba el del conjunto del mundo occidental y de buena parte del oriental, sobre todo tras la aparición de los primeros imperios coloniales transatlánticos –el portugués y el español– a comienzos del siglo XVI. Lugar de conflictos y también tierra de contrastes. Pese a la impresión que cabe concluir de cualquier aproximación sintética, lo cierto es que nos enfrentamos a un territorio extraordinariamente fragmentado, y como tal difícil de reducir a estereotipos o lugares comunes, porque al igual que el Mar encierra varios mares (Adriático, Tirreno, Jónico, Egeo), las tierras que se asoman a él han acogido, y lo continúan haciendo, culturas, civilizaciones, pueblos o estados de origen, trayectoria y presente muy diferentes<sup>20</sup>.

En todo caso, la posición central aludida más arriba comenzó a quebrarse durante el siglo XVII –el propio Braudel lo apuntaba en el texto inicial del número ahora resumido–, una secuencia que no dejaría de acentuarse a lo largo de la siguiente centuria<sup>21</sup>. Y paradójicamente, tal fenómeno fue posible gracias a la emergencia de una región nacida a imagen del mundo mediterráneo: el espacio noratlántico conformado desde los descubrimientos, afianzado con posterioridad debido al ascenso de Gran Bretaña y Holanda y a la crisis paralela de las potencias coloniales mediterráneas –Portugal y España–, e inclinado definitivamente del lado de los países de la Europa Noroccidental desde finales del siglo XVIII<sup>22</sup>. El protagonismo científico de estos últimos se inició con Isaac Newton (el primero, desde Arquímedes, que ya pudo ser inglés) pero sobre todo se convirtió en aplastante en los siglos XIX y XX. Para esta última centuria es suficiente

con recordar la nacionalidad de los galardonados con el Premio Nobel desde su creación en 1901 a nuestros días, para comprobar el peso decisivo de los países noroccidentales –primero los europeos; más tarde también Estados Unidos– en la excelencia científica mundial, y la escasísima presencia de científicos nacidos en países mediterráneos. Por ejemplo, en el caso del Nobel de Física (aunque los resultados son similares para los de Química o Medicina), desde su primer galardonado, el alemán Roentgen, en 1901, hasta 2010, de los 188 científicos premiados sólo trece (nueve franceses y cuatro italianos) tenían la condición de mediterráneos, en un listado ampliamente dominado por los estadounidenses y con notable presencia británica y alemana hasta mediados del siglo XX<sup>23</sup>.

Las reflexiones anteriores nos permiten avanzar en la dirección adecuada a las pretensiones de este texto. A saber, la Historia Económica del Mediterráneo se encuentra cruzada, como la del resto del mundo occidental del hemisferio norte, por la gran transformación ocurrida entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. La denominada «primera revolución tecnológica o industrial» no sólo supuso el arranque del moderno crecimiento económico, sino también un cambio sustancial de liderazgo territorial. O, por expresarlo, de manera más rigurosa, el punto final de un proceso iniciado al menos cien años antes, que a la postre supondría el traslado del centro del poder económico –también político– a los países noratlánticos, en claro perjuicio de los euromediterráneos y todavía más de los que sin pertenecer a Europa se asomaban al *Mare Nostrum*. Una secuencia modernizadora iniciada por Gran Bretaña hacia 1770 y exportada en las décadas siguientes a las naciones vecinas del continente (por orden cronológico, Bélgica, Francia, Suiza y Alemania) y a Estados Unidos. Precisamente los dos últimos países citados recogieron a finales del

<sup>19</sup> Braudel (1949).

<sup>20</sup> Pérez (1995).

<sup>21</sup> La más reciente aportación sobre el Mediterráneo braudeliano y su trayectoria posterior hasta comienzos del siglo XIX en Piterberg, Ruiz y Symcox, eds. (2010).

<sup>22</sup> Sobre los primeros siglos de la economía atlántica, sigue siendo útil Kellenbenz (1973).

<sup>23</sup> Véase la página web de la Institución: <http://www.nobelprize.org>

Ochocientos el testigo británico, que los norteamericanos asumirían en solitario durante buena parte del siglo XX y hasta nuestros días, cuando de nuevo lo comparten, ahora con una región tan ajena a los mundos mediterráneo y atlántico como es China.

De cualquier modo, lo cierto es que el impacto que para el Mediterráneo supuso la irrupción de la Primera Revolución Tecnológica resultaría decisivo en su trayectoria posterior. Desde una óptica estricta porque implicó el nacimiento de un nuevo modelo de desarrollo ajeno a la situación existente. Partiendo de la variable energética (la disponibilidad de carbón y agua y sus convertidores asociados), pero también teniendo presente la existencia de un marco institucional capaz de garantizar la consolidación de transformaciones que, en lo que respecta a la economía, comenzaron a afectar tanto al empleo de factores de producción (capital, trabajo, recursos físicos, capital humano), como a la distribución del producto (crecientemente participado por la industria manufactura y los servicios) y la mayor eficiencia en la asignación de los recursos disponibles, variables que, al actuar conjuntamente, terminaron desembocando en ganancias hasta ese momento desconocidas en los niveles de productividad.

Tal fenómeno de causalidad circular, participado por las transformaciones económicas que acaban de señalarse, pero también por otras de naturaleza demográfica (la reducción de la mortalidad, especialmente de la infantil, que marcaría el nacimiento de la transición demográfica), social o política (el nacimiento de la democracia liberal, los sistemas parlamentarios, la división de poderes, la libertad de expresión y los derechos humanos), marcaron las primeras distancias relevantes –independientemente de las desigualdades sociales– entre los territorios ribereños. En última instancia, y desde nuestra disciplina, lo ocurrido ya lo había apuntado Braudel para cien años antes: el final del dominio económico de las zonas cuya estruc-

tura productiva descansaba en la especialización agraria marcada por la trilogía mediterránea y su sustitución, en el mercado mundial, por otros procedentes de las actividades extractivas, energéticas o manufactureras (sobre todo carbón, textiles, minerales metálicos, transformados metalúrgicos o productos químicos).

Se trató de un proceso lento y desigualmente localizado, pero nuclear para entender lo ocurrido en el conjunto del Mediterráneo: a saber, las regiones económicas que consiguieron superar las limitaciones propias de las sociedades agrarias tradicionales fueron precisamente aquéllas que apostaron de manera decisiva por intensificar su vinculación comercial con los países atlánticos y adecuar sus estructuras productivas a la de los territorios de la Europa noroccidental que ya habían iniciado sus procesos de industrialización. Fue, así, por ejemplo, lo ocurrido en Francia en torno a Marsella<sup>24</sup>, en el triángulo italiano Lombardía-Piamonte-Véneto<sup>25</sup> o en Cataluña, cuya trayectoria, como ha demostrado recientemente Francesc Valls, ejemplifica esta reorientación de los intercambios comerciales del Mediterráneo al Atlántico, una especialización que se convertiría en imprescindible para sostener el posterior proceso de industrialización regional<sup>26</sup>.

Pero las razones del distanciamiento entre los países de las diversas riberas del Mar no debemos buscarlas exclusivamente en la ventaja tecnológica adquirida desde la Primera Revolución Industrial por las economías noroccidentales atlánticas e incorporada más tarde a su estructura productiva por las mediterráneas. Especialmente Gran Bretaña y Francia –ésta última en su condición de economía abierta a ambos mares–, amén de iniciar tempranamente sus respectivos procesos de industrialización, ampliaron entonces su di-

<sup>24</sup> Daumalin y Raveaux (1998).

<sup>25</sup> Sobre las tres regiones, véanse, respectivamente, Amatori (2004), Doria (2004) y Fontana (2004).

<sup>26</sup> Valls Junyent (2003).

mención colonialista a los territorios de las orillas africana y asiática del Mediterráneo. El arranque fue temprano: la invasión de Egipto por Napoleón en 1798. Posteriormente, en el caso de Francia, el control se ampliaría sobre Argelia (1830), Libia (1860), Túnez (1881) y Marruecos (1912). Gran Bretaña, por su parte, ocupó Egipto en 1881, recibiendo el mandato sobre Palestina tras la Primera Guerra Mundial, mientras que Italia entraba en Libia en 1912. En definitiva, los restos del antiguo Imperio Otomano frente a la emergencia de las primeras potencias industrializadas de la Europa Occidental.

De tal forma, hasta la descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial, las orillas africana y asiática del Mediterráneo estuvieron bajo el control europeo. Más tarde, la independencia política, contemporánea del nuevo marco de relaciones internacionales definido por la tensión estadounidense/soviética y la aparición del conflicto israelí/palestino tras la creación del estado de Israel en 1948, se convertirían en los elementos fundamentales de una trayectoria quebrada en el primer caso desde 1989, pero mantenida todavía en el segundo, y acompañada de una ausencia aún más grave, que sólo los acontecimientos de la primavera de 2011 en el mundo árabe mediterráneo parecen estar ayudando a resolver: la falta de libertades políticas y la igualdad social y de género.

Como se escribió más arriba, las últimas ausencias se acompañaron también de una quiebra estrictamente económica. ¿Son mensurables estas últimas distancias en perspectiva histórica? Los especialistas suelen responder afirmativamente a la interrogante apoyándose en la elaboración de datos estadísticos referidos al comportamiento de determinadas macromagnitudes, grandes agregados a los que se les supone la capacidad de resumir la evolución comparada en el largo o incluso en el larguísimo plazo (las últimas estimaciones disponibles, debidas a la labor desempeñada hasta su muerte por Angus Maddison, llegan a arrancar

desde el siglo I de nuestra era)<sup>27</sup>. De todos los indicadores, el más comúnmente empleado es el referido a la estimación de la renta por habitante, expresada en moneda constante. A pesar de las críticas que una variable de estas características continúa despertando en la comunidad científica, lo cierto es que todavía se utiliza de manera habitual, y no sólo por economistas o historiadores económicos sino también por instituciones oficiales que, como ocurre en la Unión Europea, distribuyen sus fondos regionales en función del estado de esta variable, según datos elaborados por su oficina estadística<sup>28</sup>.

La brecha en los niveles de renta (que en última instancia podemos identificar con el crecimiento económico pero más discutiblemente con los niveles de bienestar) puede seguirse en las dos tablas que se incluyen a continuación. En la primera se han agrupado los países mediterráneos en cuatro grandes áreas geográficas, que se comparan (en siete observaciones situadas ente el año 1 y el 2011) con los países europeos más avanzados. En la segunda se ofrecen los datos de renta para cada uno de los países mediterráneos, distribuidos en trece observaciones situadas también en igual arco de tiempo, en este caso conformando los períodos con los que suele trabajar habitualmente la historiografía económica. En ambas queda puesto de manifiesto el abismo de renta generado al menos desde 1820 y que no ha hecho sino aumentar en los últimos siglos, según los plazos y ritmos que Albert Carreras, empleando las cifras de Maddison, recogía en su colaboración del *Mediterráneo Económico* hasta 2001 y que aquí se amplían hacia adelante con los últimos datos disponibles (correspondientes a las estimaciones para 2011) y hacia atrás con los referidos a los primeros mil setecientos años de la era cristiana, que Carreras no contemplaba en aquél trabajo.

<sup>27</sup> Toda la información se encuentra disponible en <http://www.ggd.net/maddison/>

<sup>28</sup> Véanse las últimas referencias a las regiones NUTS-2 (nuestras comunidades autónomas), correspondientes a 2011, en la página web de Eurostat. <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/>



Tabla 1  
Renta por habitante comparada entre Europa Noroccidental y los países mediterráneos  
(en dólares internacionales de 1990)

	1	1500	1700	1820	1913	2011
Europa Noroccidental	430	732	1.205	1.360	4.098	22.482
Mediterráneo Europeo Occidental	560	773	920	1.045	2.338	17.749
Mediterránea Europeo Oriental	550	575	610	685	1.347	10.638
Mediterráneo Norteafricano	520	452	460	441	915	4.194
Mediterráneo Asiático	550	600	600	635	1.035	7.939
Distancia intramediterránea	40	321	460	604	1.423	13.575
Distancia Europa Noroccidental/Mediterráneo	-115	132	550	680	2.685	5.014

Fuente: <http://www.ggd.net/maddison/>

Las cifras sobre la evolución de la renta por habitante en el muy largo plazo aportadas por las Tablas 1 y 2 –que obviamente hay que tomar con precaución creciente conforme nos vamos alejando en el tiempo, pero que son las mejores y para algunas observaciones y países las únicas disponibles– confirman varias de las conclusiones alcanzadas por la investigación, aunque también rectifican algún extremo que quizá desde la Historia Económica hemos simplificado en exceso. No insistiremos, por conocidas, en las primeras. Bastará con señalar como fue a partir de las primeras décadas del siglo XIX cuando comenzaron a materializarse diversos episodios de duración e intensidad variable que han terminado desembocando en la situación actual, marcada, como es sabido, por la desigualdad (de ingreso, de bienestar, tecnológica) entre las tres orillas continentales abiertas al Mar, cuya trayectoria se encargan de reflejar las cinco tablas que acompañan estas líneas.

En cuanto a los nuevos hallazgos de las dos primeras tablas, quizá el más interesante se refiera, a la luz de los últimos datos disponibles, a la necesidad de adelantar el arranque de la distancia intramediterránea en los niveles de ingreso a 1500 y la que separaba los países del norte y el sur europeo al menos a 1700, es decir, antes del inicio de la primera revolución tecnológica. En consecuencia, si hacemos caso a lo que nos indican las cifras no

podemos sino concluir que fue en los siglos XVI y XVII cuando se gestó el primer gran diferencial de renta entre las economías atlántica y mediterránea. Diferencial que, por otro lado, no dejaría de incrementarse desde entonces y especialmente a partir de 1820: cuadruplicándose entre ese año y las vísperas de la Gran Guerra (los tiempos de la Primera y la Segunda Revolución Tecnológica), para volver a doblarse entre comienzos del siglo XX y principios del XXI.

No obstante, si desglosamos los guarismos correspondientes a las cuatro grandes áreas mediterráneas (las dos europeas, la norteafricana y la asiática), los resultados son distintos, sobre todo porque el mediterráneo occidental europeo, integrante de la actual Zona Euro, ha mejorado sus registros en los últimos cien años por encima de cualquier otra región, y ello explica que, en las dos observaciones más recientes de la tabla (especialmente en la de 2011), la distancia entre los propios países mediterráneos sea casi el triple de la que separa a todos los que conforman la región de las economías del continente europeo con renta más elevada.

Paralelamente, los matices reflejados en la Tabla 2 aluden tanto a cuestiones territoriales como cronológicas. En el primer caso se recogen las estimaciones referidas a 26 de los estados que conforman el espacio mediterráneo, al que se ha añadido un territorio (Palestina) que aún no ha

Tabla 2  
Renta por habitante en los países mediterráneos (1-2011). En dólares internacionales de 1990

PAIS	1	1000	1500	1600	1700	1820	1870	1913	1950	1973	2001	2011
Francia	473	425	727	841	910	1.135	1.876	3.485	5.271	13.114	21.092	22.309
Italia	809	450	1.100	1.100	1.100	1.117	1.499	2.564	3.502	10.634	19.040	19.128
Grecia	550	400	433	483	530	641	880	1.592	1.915	7.655	12.511	17.820
Portugal	450	425	606	740	819	923	975	1.250	2.086	7.063	14.229	14.770
España	498	450	661	853	853	1.008	1.207	2.056	2.189	7.661	15.659	19.349
Total 7 países Balcanes	412	400	496	548	606	683						
Albania								811	1.001	2.273	2.807	4.961
Bulgaria								1.534	1.651	5.284	5.644	8.606
Rumanía								1.741	1.182	3.477	3.168	7.803
Yugoeslavia								1.057	1.551	4.361		
Serbia-Montenegro											2.497	7.202
Eslovenia											13.843	18.479
Croacia											6.802	11.586
Macedonia											3.154	6.471
Bosnia											2.792	5.160
Chipre									1.883	5058	12.874	18.296
Israel									2.817	9.645	15.756	19.422
Malta									894	2.655	12.127	16.328
Jordania					590	590	719	1.000	1.663	2.388	4.055	3.686
Líbano					657	657	844	1.350	2.429	3.155	3.430	9.956
Siria					658	658	844	1.350	2.409	4.017	7.547	3.387
Turquia	550	600	600	600	600	643	825	1.213	1.623	3.477	6.033	9.009
Palestina					614	614	750	1.250	949	2.184	3.953	2.178
Argelia	450				430	430	715	1.163	1.365	2.357	2.813	4.594
Egipto	600	500	475	475	475	475	649	902	910	1.294	2.992	4.071
Libia	550				430	430	563	710	857	6.664	2.284	2.994
Marruecos	450	430	430	430	430	430	633	883	1.455	1.694	2.782	3.161
Túnez	550				430	430	633	883	1.115	2.221	4.710	6.150
Distancia entre las tres mejores y las tres peores observaciones	380	80	350	450	425	645	900	1.050	2.430	8.300	15.200	17.300

Tabla 3. IDH en los países mediterráneos (entre paréntesis, posición del país considerado en el listado mundial –conformado por 160 países– en 2010) y tasa de crecimiento anual del IDH entre 1980 y 2010

PAÍS	1980	1990	2000	2010	1980-2010
Francia (13)	0,711	0,766	0,834	0,872	0,68
Israel (14)	0,748	0,788	0,842	0,872	0,51
España (15)	0,680	0,729	0,828	0,863	0,79
Grecia (20)	0,707	0,753	0,784	0,855	0,63
Italia (21)	0,703	0,764	0,825	0,854	0,65
Eslovenia (29)			0,780	0,828	
Malta (33)	0,683	0,735	0,783	0,815	0,59
Chipre (35)	0,662	0,723	0,768	0,810	0,67
Portugal (40)	0,625	0,694	0,774	0,795	0,80
Montenegro (49)				0,769	
Croacia (42)			0,720	0,767	
Libia(54)		0,770	0,743	0,755	
Bulgaria (53)	0,649	0,678	0,693	0,743	0,45
Serbia (60)				0,735	
Albania (64)		0,647	0,670	0,719	
Bosnia-H. (68)				0,710	
Macedonia (71)			0,660	0,701	
Túnez (81)	0,436	0,526	0,613	0,683	1,49
Jordania (82)	0,509	0,564	0,621	0,681	0,97
Turquía (83)	0,467	0,552	0,629	0,679	1,24
Argelia (84)	0,443	0,537	0,602	0,677	1,42
Egipto (101)	0,393	0,484	0,566	0,620	1,52
Siria (111)	0,470	0,519	0,555	0,589	0,75
Marruecos (114)	0,351	0,421	0,491	0,567	1,59

Fuente: *bdr.undp.org/es/estadisticas/*

alcanzado tal status<sup>29</sup>. Obviamente, los datos más completos corresponden a la segunda mitad del siglo XX y a inicios del XXI, merecedores en esta tabla de cuatro observaciones distintas (además de la de 2011, las de 1950, 1973 y 2000).

Al mismo tiempo, la inclusión de los resultados nacionales muestra como las experiencias son aún más diversas, aunque en última instancia apunten en la misma dirección: la Europa Occidental, norte y sur, mejoró sus resultados frente al resto del Mediterráneo desde comienzos del

siglo XVI, unos valores que en esta zona del Mar se mantuvieron prácticamente estancados hasta principios del Ochocientos y que a partir de ahí participaron mucho menos del crecimiento económico contemporáneo.

Como apuntamos con relación a la Tabla 1, la brecha entre la Europa mediterránea, de pronto convertida en periférica, y la noroccidental, resuelta en centro y eje del moderno crecimiento económico, ha seguido una trayectoria distinta. Al menos hasta la Segunda Guerra Mundial las distancias entre países centrales y periféricos fueron relativamente considerables (especialmente con respecto a Grecia, Portugal y España, menos con Italia), aunque la diferencia comenzó a reducirse desde los años sesenta y sobre todo tras la creación

<sup>29</sup> No se contemplan, sin embargo, los datos correspondientes al país más antiguo del Mediterráneo (Mónaco, independiente desde 1297), ni la Ciudad del Vaticano, ciudades-estado que los organismos encargados de elaborar este tipo de datos no incluyen en sus estimaciones.

y sucesivas ampliaciones de la Unión Europea, de la que Italia y Francia fueron dos de los países fundadores —el tratado de Roma se firmó en 1957—, si bien, como se citó más arriba, la vocación mediterránea estuvo prácticamente ausente de los intereses de la Unión al menos hasta el ingreso de Grecia (1980), España y Portugal (ambos en 1986), todos ellos receptores desde entonces de fondos estructurales y por ello especialmente beneficiados de su incorporación a Europa.

Pero, junto a la renta por habitante, otros indicadores exclusivamente disponibles a partir de las últimas décadas del siglo XX permiten precisar algunas de las anteriores conclusiones. La Tabla 3 ofrece los datos que, ahora sí, se consideran más adecuados para estimar los niveles de bienestar social (el denominado «Índice de Desarrollo Humano», que elaboran las Naciones Unidas desde 1980)<sup>30</sup>, mientras en la Tabla 4, de cronología más cercana, se recoge el actualmente reconocido como uno de los guarismos más sintéticos de los disponibles para estimar los avances de la economía del conocimiento: el índice TIC, que mide la penetración de las redes de información (las posibilidades de acceso a Internet) en un determinado territorio. Ambas tablas reflejan una situación que no se distancia excesivamente de la que mostraban las últimas columnas de las estimaciones sobre renta por habitante, aunque sí presentan algunas novedades interesantes. En efecto, tanto la brecha de bienestar como la tecnológica arrojan dimensiones similares a la de renta: la Europa Mediterránea occidental (Francia, Italia e España), junto a Israel, ocupan las primeras posiciones, seguidas, por este orden, de la Europa mediterránea oriental, el mediterráneo asiático y el norteafricano. Pero hay movimientos, ocurridos a lo largo de los treinta años contemplados en la tabla, que deben subra-

Tabla 4. Brecha tecnológica entre los países mediterráneos en 2008. Índice de Desarrollo TIC (entre paréntesis, posición del país considerado en el listado mundial)

Italia (22)	6,18
Francia (23)	6,16
España (27)	5,91
Eslovenia (28)	5,88
Israel (29)	5,60
Malta (30)	5,54
Portugal (31)	5,47
Grecia (34)	5,25
Chipre (37)	4,97
Bulgaria (51)	4,37
Turquía (59)	3,49
Líbano (64)	3,43
Jordania (76)	3,06
Palestina (79)	2,92
Túnez (83)	2,73
Siria (89)	2,66
Egipto (95)	2,54
Argelia (97)	2,51
Marruecos (101)	2,34

Fuente: Neffati y Chkir (2009).

yarse. Por lo que respecta a los países de IDH más elevado, los comportamientos más destacables son, sin duda, el español y el portugués, que en este caso han compartido una trayectoria positiva que les ha permitido avanzar más de veinte posiciones en los últimos treinta años (España, por ejemplo, ha pasado de ocupar el lugar 36 en aquel año al 15 en 2010, inmediatamente detrás de Israel, y antes de Grecia e Italia).

Las ganancias han sido aún más notables en las áreas africana y asiática (ciertamente, también sus posibilidades de recorrido eran mayores), ya que, desde 1980 a 2010, todos los países, a excepción de Siria y Jordania, han crecido por encima del 1% anual en los últimos treinta años, lo que les ha permitido mejorar tanto sus posiciones en el listado mundial como en relación con los países mediterráneos más avanzados<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> El IDH es un indicador compuesto de tres variables (ingreso, salud y educación), ponderadas equilibradamente y situadas entre 1 y 0. En 2010 el primer lugar mundial lo ocupaba Noruega con 0,938 y el último de los 160 países considerados Zimbabue con 0,140. Véase [hdr.undp.org/es/estadisticas/](http://hdr.undp.org/es/estadisticas/)

<sup>31</sup> Como se desprende de lo contenido en la Tabla 3, el diferencial del IDH entre los tres mejores (Francia, Israel y España) y los tres peores (Egipto, Siria y Marruecos) ascendía a 0,330 en 1980 y a 0,278 en 2010.

De los norteafricanos, Libia es el único con un IDH superior al de cinco estados europeos –todos balcánicos–, mientras los indudables avances de los restantes apenas les han permitido, sin embargo, moverse de sus posiciones iniciales (un IDH bajo, aunque tras Marruecos –que ocupa el lugar 111- todavía se sitúan 56 países con peores resultados que los suyos).

La Tabla 4 tampoco arroja novedades significativas con respecto a las dos anteriores. Apenas cambia el orden del listado, y quizá lo más significativo consista en el ligero empeoramiento de los países mediterráneos más avanzados con respecto a sus niveles de renta o bienestar y una tímida mejora en la misma comparación de los más pobres.

A modo de resumen, la Tabla 5 presenta, para los cinco mejores y los cinco peores países, los guarismos recogidos en las tres tablas anteriores. Francia, Israel, España e Italia repiten entre los primeros en las dimensiones relativas al ingreso, el bienestar y la penetración de las últimas tecnologías, mientras que Egipto, Siria y Marruecos hacen lo propio en el caso de aquéllos que comparten los peores resultados en las tres variables contempladas.

¿Cómo interpretar las cifras anteriores? ¿De dónde procede la incapacidad de avanzar hacia la

convergencia de las riberas del sur y el este mediterráneo con respecto a las europeas? La relativa similitud de las tres columnas nos facilita la respuesta, aunque para proceder con el exigible rigor científico precisaríamos de un espacio –y unos conocimientos– más elevados de los disponibles. En cualquier caso, sí podemos estar de acuerdo, desde nuestra especialidad, en la responsabilidad de una serie de factores que hincan sus raíces en la historia económica del Mediterráneo –de la más lejana a la más reciente–, especialmente en la de los territorios que hoy conforman el Magreb y el Másrheq y en menor medida en la de la Europa no comunitaria. Si nos situamos exclusivamente en nuestra disciplina, de las causas que han intervenido en el largo y medio plazo, tres destacan por encima de las demás: por orden cronológico, el desigual acceso al moderno crecimiento económico por la vía de la industrialización, la presión colonizadora ejercida por los propios países europeos más avanzados sobre estos territorios vecinos y la conformación de la CEE, ampliada sucesivamente (de seis miembros en 1958 a 227 en 2011) y renombrada más tarde como Unión Europea, de la que progresivamente han ido formado parte la mayoría de los países mediterráneos del

Tabla 5.  
Los cinco primeros y los cinco últimos países mediterráneos en niveles de renta por habitante, Índice de Desarrollo Humano y penetración de las nuevas tecnologías en 2010

Renta habitante	IDH	TIC
18. Francia (22.309)	14. Francia (0,872)	22. Italia (6,18)
21. Israel (19.422)	15. Israel (0,872)	23. Francia (6,16)
22. España (19.349)	20. España (0,863)	27. España (5,91)
24. Italia (19.128)	22. Grecia (0,855)	28. Eslovenia (5,88)
28. Eslovenia (18.479)	23. Italia (0,854)	29. Israel (5,60)
83. Egipto (4.064)	83. Turquía (0,679)	83. Túnez (2,73)
90. Jordania (3.685)	84. Argelia (0,677)	89. Siria (2,66)
114. Siria (3.383)	101. Egipto (0,620)	95. Egipto (2,54)
118. Marruecos (3.166)	111. Siria (0,589)	97. Argelia (2,51)
120. Libia (2.995)	114. Marruecos (0,567)	101. Marruecos (2,34)

Fuente: Tablas 2, 3 y 4.



Tabla 6  
Indicadores económicos y sociales de diversos países mediterráneos en 2010

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
Argelia	255,4	3,33	22,7	8,3	61,5	30,2	5,2	9,9	23	-0,3	16,7	25,8	4,3
Egipto	508,8	5,14	5,0	13,5	37,9	48,6	11,9	9,0	20	-0,2	24,6	25,2	3,8
Jordania	35,1	3,09	21,2	3,4	30,2	66,4	5,0	12,5	14,2	-14,2	26,8	16,4	3,6
Libia	93,0	4,16	50,1	2,6	63,8	33,6	2,4	30	33	-0,1	24,0	20,0	3,4
Marruecos	153,4	3,15	17,6	17,1	31,6	51,4	1,0	9,1	15,5	-3,7	19,1	27,5	5,6
Siria	108,0	3,23	11,1	17,6	26,8	55,6	5,9	8,3	11,9	-11,1	23,9	15,6	4,9
Túnez	99,1	3,69	16,6	10,6	34,6	54,8	4,4	13,0	3,8	-1,8	17,4	25,9	7,1
Turquía	969,0	8,20	12,6	8,8	25,7	65,5	6,4	12,4	17,1	0,5	17,9	23,2	2,9
ESPAÑA	1.374,5	-0,14	18,5	3,3	26,0	70,7	2,9	20,1	19,8	3,9	10,0	3,0	4,3
ITALIA	1.780,3	1,29	25,2	1,9	25,3	72,8	1,6	8,4	13,6	4,8	9,2	3,4	4,3

(1): PIB (miles millones \$ 1990)  
(2): % crec. PIB en 2010  
(3): % exportaciones/PIB  
(4): Aportación PIB 1º (%)  
(5): Aportación PIB 2º (%)  
(6): Aportación PIB 3º (%)  
(7): Inflación (%)

(8): Paro (%)  
(9): Pobreza (%)  
(10): Tasa migratoria (por mil)  
(11): Tasa Natalidad (por mil)  
(12): Tasa Mortalidad infantil (por mil)  
(13): Gasto Educación/PIB (%)

Fuente: FMI, *CIA World Factbook 2011*.

viejo continente, con la excepción en nuestros días de las antiguas repúblicas yugoeslavas y Albania.

Explícita o implícitamente, con más o menos detalle, a los anteriores factores se ha aludido en las páginas anteriores, por lo que no volveremos a insistir aquí en el papel desempeñado por cada uno de ellos. Sí resulta adecuado citar aquellos otros de implantación más reciente, aunque derivados en un porcentaje elevado de los anteriores y por supuesto muy relacionados entre sí a modo de causalidad circular. A modo de conclusión del texto anterior los más importantes de ellos se resumen en los párrafos siguientes.

La ausencia de un proceso de industrialización en el Mediterráneo no europeo durante todo el siglo XIX y buena parte del XX puede explicarse por la presencia conjunta de factores endógenos y exógenos, aunque al tratarse de territorios que sólo han alcanzado su independencia en fechas relativamente recientes, resulta muy difícil distinguir la influencia de cada uno de ellos. Sea como fuere, la consecuencia ha sido el mantenimiento de unas estructuras productivas tradicionales hasta mediados del Novecientos (economías fundamentalmente agrarias integradas en el mercado mundial como exportadoras de materias primas y productos

agrícolas), que desde entonces han avanzado hacia modelos productivos crecientemente participados por los servicios. Pero la casuística es casi tan amplia como el número de países contemplados. Los datos más recientes incluidos en la Tabla 6 ponen de manifiesto la diversidad de trayectorias seguidas por países a los que, sin más, solemos etiquetar, desde las terciarizadas economías occidentales, con el ambiguo término de «economías en transición». Se han incluido los ocho que, en la tabla anterior, presentaban los peores registros en renta, bienestar y nivel tecnológico, aunque en este caso los datos no son exclusivamente macroeconómicos, sino que también se han ampliado a otros indicadores sociales (tasas vitales, gasto en educación o niveles de pobreza).

Quizá la primera conclusión que podemos sacar de la tabla anterior se refiera a una característica que ya citamos al comienzo de estas páginas, mantenida como una constante a lo largo de la historia mediterránea: su extraordinaria diversidad, expresión de una geografía, unas pautas culturales, una estructura productiva y unos comportamientos sociales que todavía a comienzos del siglo XXI continúan marcando las distancias entre la mayoría de los europeos y los restantes. Ricos y pobres, democracias y dictaduras, estados

laicos y confesionales, y como hilo conductor de los anteriores contrastes una responsabilidad compartida (la ausencia de integración regional), que debe entenderse como resultado de la incapacidad a corto plazo de las denominadas economías en transición por avanzar hacia la convergencia económica y social, pero también como expresión de la escasez de compromiso por parte de las más avanzadas para ayudar a las anteriores en tal proyecto. Si se analiza la Tabla 6 desde esa perspectiva y además en el contexto de nuestra disciplina (esto es, como el más cercano de la serie de datos histórico-estadísticos disponibles), podremos entender mejor –y ponderar de manera más adecuada– el peso de la herencia en la situación actual del Mediterráneo, cuya quiebra territorial continúa tan abierta como lo estaba hace cincuenta, cien o ciento cincuenta años.

Sólo teniendo en cuenta tales variables cabe explicar que, salvo las diferencias referentes al desigual tamaño de las economías consideradas<sup>32</sup> o los resultados alcanzados durante el peor año de la crisis económica actual (2010 por ahora)<sup>33</sup>, podamos avanzar algunas conclusiones provisionales sobre los datos ofrecidos por la tabla (especialmente cuando éstos son porcentuales) que en cualquier caso deberemos manejar con sumo cuidado.

<sup>32</sup> La inclusión final de dos países de la zona euro (Italia y España), tampoco arroja grandes novedades. A pesar de tratarse de economías que, según los últimos datos disponibles, ocupan respectivamente los lugares octavo y duodécimo en el listado mundial por valor de su PIB en paridad de poder adquisitivo (la tercera de las mediterráneas incluídas en la tabla, Turquía, aparece en la posición 19; la cuarta, Egipto, en la 40; las quinta y sexta, Libia y Siria, respectivamente, en la 63 y 67, mientras las séptima y octava, Túnez y Jordania, se encuentran en el lugar 80 y 98).

<sup>33</sup> De las citadas, sólo España ha mostrado una tasa de crecimiento negativa, aunque es conocida la situación, aún más negativa, de Portugal o Grecia. Pero al resto de las mediterráneas europeas tampoco les ha ido mucho mejor. Una ojeada a la columna correspondiente de la tabla muestra como la crisis no sólo no ha afectado a las grandes cuentas de la mayor parte de los países del Mediterráneo asiático o norafriicano, sino que además algunos de éstos están creciendo a un ritmo muy elevado, especialmente Turquía –por encima del 8%–, Egipto o Libia. Sobre el impacto de la «gran recesión» en el Mediterráneo, véanse Escribano, San Martín y Muñoz (2010), Sturm y Sauter (2010).

Para empezar, salvo guarismos correspondientes a observaciones muy concretas, no es demasiado lo que comparten los estados del Mediterráneo africano, asiático y europeo contemplados en la tabla anterior<sup>34</sup>. Además, si no supiéramos a quién pertenecen los guarismos, tendríamos serios problemas para identificar el país de que se trata e incluso para singularizar los datos correspondientes a los dos europeos<sup>35</sup>. Quizá algunos menos en lo que se refiere a la distribución porcentual del PIB, ligeramente más inclinado al sector servicios en las dos economías europeas comparadas, altamente especializado en el sector energético en Argelia y Libia y con notables permanencias agrarias en Siria, Marruecos, Egipto o Túnez, que continúan reflejando actividades de baja productividad. Un fenómeno similar al que ocurre en la industria manufacturera, dominada por sectores de baja intensidad tecnológica (con las industrias de bienes de consumo a la cabeza), lo que ha terminado dejando a los países del Mediterráneo africano y asiático particularmente expuestos a los riesgos de la globalización<sup>36</sup>, y un hipertrofiado sector terciario, poco exigente de capital humano y expuesto, en el caso del turismo (que en los países más especializados como Túnez o Egipto alcanza el 8% del PIB) a los problemas derivados de la inestabilidad política interna y de las fluctuaciones de una demanda fundamentalmente europea.

Pero, sin duda, las mayores diferencias intramediterráneas se detectan en los indicadores sociales, especialmente en los demográficos: los

<sup>34</sup> Los datos del FMI en *World Economic Outlook Database*. Los países más pequeños del Mediterráneo por volumen del PIB en PPA, Chipre y Malta, se posicionan, respectivamente, en los lugares 113 y 143 (de 182), aunque en términos per cápita su posición mejora notablemente: el 33 y el 38 del mundo y, como recogía la tabla 2, el 6º y el 8º de los 27 mediterráneos.

<sup>35</sup> Más allá del hecho de tratarse de las mayores economías de la región y de su mejor control de la inflación (salvo la excepción marroquí, los demás se sitúan entre el 3,1% libio y el 11,9% egipcio).

<sup>36</sup> Véase, por ejemplo, el caso de Túnez, en Ministère de l'Industrie et de la Technologie (2010).

flujos migratorios (sólo positivos en España, Italia y ligerísimamente en Turquía) y las tasas vitales, con dos países que ya han alcanzado la modernización demográfica –por supuesto España e Italia– y ocho que aún no han completado la larga fase de transición, con tasas de natalidad situadas entre el 17 y el 27 por mil y de mortalidad infantil que en el mejor de los casos sólo han conseguido reducir al 15,6 por mil (Siria, frente al 3,0 y al 3,4 por mil español e italiano) pero que en el peor (Marruecos) todavía supera el 27,5 por mil. Por supuesto, que en el Mediterráneo no europeo aún no se haya cerrado la transición demográfica (lo que implica un mayor peso de la población joven), y que sus niveles de renta sean tan reducidos como recogía la Tabla 2, son factores nucleares para entender las causas de los importantes movimientos migratorios sur-norte característicos de las últimas décadas del siglo XX y de la primera del XXI<sup>37</sup>.

No obstante, debemos huir de la identificación simplista entre economías avanzadas y poco desiguales –ya sea en términos sociales o territoriales– y países pobres y muy desiguales en cuanto a la distribución social o territorial de la renta. No se trata de negar las carencias democráticas o las desigualdades de género en el Mediterráneo africano o asiático, como tampoco el hecho de que la injusticia social se traduzca en brechas de ingreso más elevadas que en la ribera europea, pero sí de tener en cuenta que la desigualdad no es privativa de los países más pobres: basta con comparar, en la columna 9 de la Tabla 6, los guarismos correspondientes al porcentaje de población situado por debajo del umbral de la pobreza en España e Italia con los ochos países restantes, para confirmar esta última afirmación. Lo que a su vez no debe entenderse como justificación para todos aquellos estados del sur y el

este mediterráneos cuyas carencias democráticas (incluidas la limitación de los derechos humanos y la ausencia de igualdad de género) continúan penalizando la brecha intramediterránea, sin que hasta ahora, ni la crisis económica abierta en 2007 ni las más recientes revueltas de la primavera de 2011 hayan sido capaces de aligerar.

Ya es hora, sin embargo, de superar siglos de conflictos y divorcios territoriales entre países que comparten un espacio geográfico potencialmente integrador definido en torno a un mar casi interior. En los tiempos de la globalización el papel del Mediterráneo ya no puede estar condicionado por el enfrentamiento sino por la colaboración, entendida como la suma de esfuerzos para integrar, económica, social y políticamente, en los territorios de la libertad a estados (o protoestados) que, al mismo tiempo, tienen idéntico derecho a mantener sus identidades culturales.

Por supuesto, en el siglo XXI, integración no puede suponer, como ocurrió durante buena parte de las dos últimas centurias, imposición. Al contrario, es un término con evidentes implicaciones económicas –resulta imprescindible incrementar los intercambios comerciales y los flujos financieros entre todos los países ribereños<sup>38</sup>–, pero también políticas e institucionales, que actúen a modo de sostén de las anteriores. En este sentido, los últimos acontecimientos han demostrado algo que los ciudadanos y sobre todo los gobiernos de países «ricos» olvidamos con facilidad: las aspiraciones de libertad –desde la personal a la social garantizada por las instituciones democráticas– se encuentran afortunadamente por encima de las exigencias (en definitiva, la subordinación de la laicidad a la religión) que, desde nuestro punto

<sup>37</sup> Una visión general sobre estos movimientos migratorios en Khader (2006). Véase también la puesta al día sobre el fenómeno recogida en este mismo volumen.

<sup>38</sup> En las últimas décadas del siglo XX y en la primera del XXI el volumen de exportaciones e importaciones entre países de la Unión Europea y del Mediterráneo se ha incrementado notablemente, pero de manera desigual y sin que haya llegado a alcanzar las dimensiones que serían necesarias para conseguir los niveles de integración comercial que en estos momentos serían deseables. De Wulf y Maliszewska, eds. (2009); Medhioub y Mrailhi (2009).

de vista occidental, parecían derivarse de la pervivencia de determinados modelos sociales y de sus correspondientes regímenes políticos.

Retornar al mapa de los Cresques resulta ya imposible. Recuperar el espíritu de Barcelona no sólo sí lo es, sino que además se ha demostrado como un objetivo cada vez más urgente y necesario. De nuevo la voluntad política se convierte en un factor clave para contribuir a modificar, en un futuro próximo, los desequilibrados guarismos que muestran las tablas que han acompañado nuestro texto. Números generados tras siglos de incompreensión mutua y de creciente distanciamiento social y cultural, alimentados posteriormente por la falta de libertades en el Mediterráneo no europeo y el escaso interés del europeo por contribuir a la conquista de la democracia en unos territorios en los que las dictaduras han sustituido al colonialismo, pero que en el siglo de la globalización y el conocimiento, todos tenemos la obligación de recuperar para la democracia y la justicia social.

## Referencias bibliográficas

- ABULAFIA, D. (2011): *The Great Sea: A Human History of the Mediterranean*. Oxford University Press.
- ABULAFIA, D., ed. (2003): *El Mediterráneo en la Historia*. Barcelona, Crítica.
- ADAMO, K. Y GARONNA, P. (2009): *Euro Mediterranean integration and cooperation projects and challenges*. Parliamentary Assembly of the Mediterranean.
- AMATORI, F. (2004): «Industria e impresa in Lombardia. Alla guida dell'industrializzazione italiana»; en DI VITTORIO, A.; BARCIELA, C. Y FONTANA, G. L., eds.; pp. 45-62.
- AZNAR SÁNCHEZ, J. A. (2006): *La competencia entre la horticultura intensiva en Marruecos y España*. Madrid, Thomson/Civitas. Cajamar.
- BEN JELLOUN, T. (2011): *La primavera árabe. El despertar de la dignidad*. Madrid, Alizanza Editorial.
- BRAUDEL, F. (1949): *La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II*. París, Armand Colin.
- CARPENTIER, J. Y LEBRUN, F., dirs. (2008): *Historia del Mediterráneo*. Barcelona, Ed. Base.
- CHASTAGNARET, G., dir. (2009): *Les sociétés méditerranéennes face au risque. Disciplines, temps, espaces*, Actes du colloque *Les sociétés méditerranéennes face au risque*. El Cairo, IFAO.
- CHASTAGNARET, G.; DAUMAS, J. C.; ESCUDERO, A. Y RAVEAUX, O., eds. (2010): *Los niveles de vida en España y Francia (siglos XVIII-XX)*, Alicante, Universidad de Alicante/Université de Provence.
- DAUMALÍN, X. Y RAVEAUX, O. (1998): «Una revolución industrial en el área mediterránea: Marsella (1831-1865)»; en *Revista de Historia Industrial* (13); pp. 37-57.
- DE WULF, L. Y MALISZEWSKA, M., eds. (2009): (2009): *Economic integration in the Euro-Mediterranean region*. Final report, Center for Social and Economic Research.
- DI VITTORIO, A.; BARCIELA, C. Y FONTANA, G. L., eds. (2004): *Storiografia d'industria e d'impresa in Italia e Spagna in età Moderna e Contemporanea*. Padua, CLEUP.
- DORIA, M. (2004): «Industria e impresa nel Nord Est d'Italia»; en DI VITTORIO, A.; BARCIELA, C. Y FONTANA, G. L., eds.; pp. 103-128.
- ESCRIBANO, G. Y JORDÁN, J. M. (1999): «Sub-regional integration in the MENA Region and the Euro-Mediterranean Free Trade Area»; en *Mediterranean Politics* (4, 2).
- ESCRIBANO, G.; SAN MARTÍN, E. Y MUÑOZ, M. (2010): «La crisis económica internacional y las relaciones euromediterráneas. Una visión desde el sur de Europa»; en *Boletín Económico de ICE* (2997).

- FONTANA, G. L. (2004): «Industria e impresa nel Nord Est d'Italia»; en DI VITTORIO, A.; BARCHIELLA, C. Y FONTANA, G. L., EDS.; pp. 161-268.
- IEMED (2009): *Anuario del Mediterráneo*. Barcelona, IEMED y Fundación CIDOB.
- IEMED (2010): *Anuario del Mediterráneo*. Barcelona, IEMED y Fundación CIDOB.
- KELLENBEZ, H. (1973): *El desarrollo económico de la Europa continental, 1500-1750*. Madrid, Siglo XXI.
- KHADER, B. (2006): «Historia de las migraciones árabes y magrebíes hacia Europa»; en *Historia Contemporánea* (2); pp. 51-71.
- KHADER, B. (2009): *Europa por el Mediterráneo. De Barcelona a Barcelona (1995-2009)*. Barcelona, Icaria.
- MANERA, C. Y GARAU, J. (2010): *Insularidad en el Mediterráneo*. Madrid, Ed. Pirámide.
- MANERA, C.; GARAU, J. Y MOLINA, R. (2010): «The tourism revolution in the Mediterranean, 1950-2005»; Documentos de Trabajo de la AEHE.
- MARTÍN CORRALES, E. (2001): *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII)*. Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (2011): «La talla de los europeos desde 1750: tendencias, ciclos y desigualdad»; Documentos de Trabajo de la SEHA, 11-06.
- MEDHIOUB, I. Y MRAIHI, R. (2009): «Synchronisation des cycles économiques et relations commerciales dans la région méditerranéenne»; en *International Conference Inequalities and development in the Mediterranean Countries* University of Galatasaray, Istanbul, Turkey.
- MINISTÈRE DE L'INDUSTRIE ET DE LA TECHNOLOGIE (2010): *Les industries manufacturières en Tunisie*. Túnez.
- NEFFATI, M. Y CHKIR, A. (2009): «L'économie numérique dans la région Euro-Med: la fracture numérique»; en *International Conference Inequalities and development in the Mediterranean Countries* University of Galatasaray, Istanbul, Turkey.
- NORTH, D. C. (1993): «Teoría de la localización y desarrollo económico regional»; en *Cuadernos Aragoneses de Economía* (2); pp. 357-376.
- NORWICH, J. J. (2008): *El Mediterráneo. Un mar de encuentros y conflictos entre civilizaciones*. Barcelona, Ariel.
- PÉREZ, J. (1995): «El Mediterráneo en la Historia»; en *Revista d'Història Medieval* (6); pp. 18-31.
- PINILLA, V. Y AYUDA, M. I. (2006): «“Horn of plenty” revisited: the globalization of Mediterranean Horticulture and The Economic Development Of Spain, 1850-1935». Documentos de Trabajo de la AEHE.
- PITEBERG, G.; RUIZ, T. Y SYMCOX, G. (2010): *Braudel revisited: The Mediterranean World, 1600-1800*. Toronto, Toronto University Press.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (2010): «Spain's international position, 1850-1913»; en *Revista de Historia Económica* (28, 1); pp. 173-215.
- SEGRETO, L.; MANERA, C. Y POHL, M., EDS. (2009): *Europe at the seaside. The economic history of mass tourism in the Mediterranean*. Nueva York-Oxford, Berghahn Books.
- STURM, M. Y SAUTER, N. (2010): «The impact of the global financial turmoil and recession on Mediterranean countries economies»; European Central Bank, Occasional Paper Series, 118.
- VALLS JUNYENT, F. (2003): *La Catalunya atlàntica. Aiuguardent I textils a l'arrencada industrial catalana*. Vic, Eumo Editorial.